

Habiendo dicho en principio que el traficante ruso había pasado á maestro en cuestión de escándalos de todo género, y de fantasías burlescas é insensatas, Ejoff se preguntaba: ¿de donde proviene eso? Y respondíase:

—«Me parece que estas disposiciones particulares á escándalos tan salvajes, descubren tanto la insuficiencia de educación como exceso de energía sin empleo. Está fuera de dudas que nuestra clase traficante, es con más ó menos excepciones, la más sana, la más robusta y al mismo tiempo la menos trabajadora...»

—¡Eso es ciertísimo, de una exactitud absoluta! exclamó Tomás acompañando sus palabras con un puñetazo formidable. Tengo tantas fuerzas como un buey y no trabajo más que un gorrión...

—¿Qué uso puede hacer el traficante de su energía? La Bolsa no pide mucha; la gasta en orgías, en los cafés cantantes, ignorando que sus fuerzas musculares tienen otro empleo más digno, más precioso. Es aun un animal y la vida es para ellos una jaula estrecha, estando dotados de buena salud y con tan amplias costumbres. Molesto por la civilización, se sacude de cuando en cuando y se lanza en la corrupción. La corrupción del traficante, es siempre la protesta de la bestia aprisionada. Es incontestablemente deplorable. Pero ¡ay de mí! aun será peor cuando la bestia haya adquirido un poco de talento y haya disciplinado sus fuerzas. Creedme, el traficante hará siempre algunos escándalos, pero entonces estos escándalos perderán las proporciones de acontecimientos históricos. ¡Que el cielo nos preserve de ello! Pues entonces el objetivo, será el deseo de subir al poder, su fin, el poderío de una sola clase y estad seguros de que el traficante no se detendrá en la elección de medios para llegar á ello...»

—¿Eh? ¿qué piensas tú de esto? ¿Es verdadero? preguntó Ejoff poniendo el periódico á un lado.

—No comprendo el final, respondió Tomás. Todo lo que concierne á la fuerza está muy justo. ¿Para qué me sirve á mí la fuerza sino le encuentro empleo? Habría debido pegarme con canalla... ó ser canalla yo mismo... en general, hacer algo... grande... Pero no con la cabeza, con los brazos y el pecho... No, que estoy condenado á ir á la Bolsa para aplicarme á robar un rublo á mi vecino.. ¿Tengo acaso necesidad de ello? Y más aun: la vida está constituida sólo sobre esta base? ¿Qué vida es esta en donde todo el mundo gime y está estrecho? La vida debería ser á gusto de cada cual... Si yo no tengo bastante sitio, estoy obligado de hacérmelo... para sentirme á gusto... ¿Pero cómo? ¿ese es el problema! ¿Qué es necesario hacer para vivir libremente? No puedo comprenderlo y me hago siempre la misma pregunta...

—Sí, exclamó Ejoff lentamente. ¡Así te encuentras! ¡No es malo! ¿Si pudieses instruirte un poco? ¿qué piensas de los libros? ¿Has leído algunos?

—No, no me gusta leer, no leo...

—No te gusta, porque nunca has leído.

—Tengo hasta miedo de leer... Conozco alguno... es peor que un borracho. ¿Qué resultado da la lectura? Un hombre inventa una historia, los demás la leen... Si es por curiosidad... está muy bien. Pero si es menester aprender á vivir por los libros es grotesco. No es Dios quien escribe los libros, son los hombres. ¿Cuáles pueden ser los ejemplos y las leyes que puede dictar para su uso?

—¿Y el Evangelio? Ha sido escrito por los hombres.

—Eran los Apóstoles... No hay más ya...

—¡La observación es justa! Es verdad, amigo, ya no existen más Apóstoles... sólo se encuentra Judas, y aún esos son degenerados.

Tomás estaba contento porque veía que Ejoﬀ le escuchaba atentamente y parecía pesar algunas de sus palabras. Por primera vez en su vida encontraba semejantes disposiciones con respecto á él, y lo aprovechaba para expresar libremente ante su camarada, todos sus pensamientos, sin buscar las palabras cierto de ser comprendido, porque se deseaba comprenderle.

— ¡Eres un muchacho bien extraño! le dijo por fin Ejoﬀ, dos días después de su encuentro. No eres de palabra fácil... pero se adivina en tí un alma audaz. ¡Si tuvieses alguna práctica de la vida, habrías podido hablar alto y firme... sí!

— ¡Ah, las palabras no alivian en ningún modo y no nos purifican, suspiró Tomás tristemente. Hablabas el otro día de las gentes que pasan por saberlo todo y poderlo todo... Yo conozco también algunos... Mi padrino es de ellos... Contra ellos, es contra quienes se debería empezar una campaña... sacarlos á la vergüenza... Son individuos nefastos...

— No puedo imaginarme, Tomás, cómo harás para vivir, si conservas, más tarde, lo que tienes en tí mismo, le dijo Ejoﬀ pensativo.

— Es duro... Me falta perseverancia... Yo habría quizás podido hacer algo, pero en el momento... Comprendo, por ejemplo, que todo el mundo sufre y se siente estrecho... y yo sé que el padrino se da cuenta perfectamente... Pero él aprovecha este este estado... Así vive á su gusto: entra donde quiere como una anguila... Mientras que yo soy un hombre corpulento y pesado... ¡Y me ahogo! ¡Yo vivo trabado!... pero no tengo más que hacer un esfuerzo con todo el cuerpo y las ligaduras caerán...

— ¿Y después? preguntó Ejoﬀ.

— ¿Después?

Tomás reflexionó un instante: luego movió lo cabeza y dijo:

— No sé aún; ¡lo veré!

— ¡Veremos! concluyó Ejoﬀ.

Este hombrecillo vegetaba en la vida. Su día empezaba así: por la mañana tomaba el té, recorría los periódicos y sacaba de los sucesos del día su crónica que hacía inmediatamente en su extremo de la mesa. Después de esto, pasaba presuroso á la redacción del periódico y recortaba en varias cuartillas extractos que presentaba bajo el título de *Cuadros de provincia*. El viernes preparaba el folletín del domingo. Todo este trabajo le valía ciento veinticinco rublos mensuales; trabajaba de prisa y consagraba sus horas libres á la *Revista de los establecimientos religiosos*. Hasta media noche, andaba en compañía de Tomás, por los círculos, los cafés cantantes y los restaurants, recogiendo en todas partes datos para artículos que titulaba: *Los cepillos de la conciencia pública*. Llamaba al redactor jefe «el gerente de la propagación de la verdad y de la justicia en el mundo,» á su periódico «la entrometida, ocupada en poner al lector al corriente de ideas malélicas» y su trabajo «la tienda del alma al pormenor» ó también «un ensayo de temeridad contra las instituciones de naturaleza divina.»

Tomás no distinguía la mayor parte de las veces, si Ejoﬀ estaba serio ó si bromeaba. Hablaba de todo fogosamente, lo denigraba todo, y eso agradaba á Tomás. Le sucedía también empezar un discurso con un ardor apasionado y contradecirse con el mismo ardor ó concluir con alguna salida bufona. En estas ocasiones, Tomás se decía que no llevaba en sí ningún ideal, que para él no había nada sagrado, nada que le guiase. Sólo cuando hablaba de él mismo, Ejoﬀ tomaba una voz diferente, y entonces cuanto más calor ponía en sus palabras, más era terrible y duro para con los otros. En sus referencias á Tomás, este mismo contraste atizaba y le decía con voz vibrante:

—¡Animo! ¡Echa por tierra y niega lo que puedes! ¡Abrete camino! Nada es más precioso que el hombre; acuérdate de eso... Grita con todas tus fuerzas: ¡Libertad! ¡libertad!

Pero cuando Tomás, inflamado por esta palabra, pensaba en combates, en confundir á todos los que por interés personal rehusasen ensanchar los límites de la vida, Ejoff le interrumpía á menudo:

—¡Deja! tú no puedes nada. Los individuos como tú son innecesarios... Vuestra era, la era de la violencia, pero no la del talento, ha pasado! Llegas demasiado tarde... Tu puesto está tomado ..

—¿Tomado? ¡Mientes! gritaba Tomás, á quien la contradicción visitaba.

—Vamos á ver, ¿qué puedes tú hacer?

—¿Yo?

—¡Tú!

—Toma... puedo matarte, respondió Tomás apretando los puños con rabia.

—¡Oh! ¡qué horror! decía Ejoff, levantando los hombros con lástima. ¿Tiene eso buen sentido? Yo estoy bastante deteriorado, estoy medio muerto...

Atento á cada una de sus palabras, observándole y compilando sus discursos, Tomás comprendía que Ejoff era un hombre tan débil y tan sin guía como él. Y, sin embargo, notaba su influencia. Su lengua se enriquecía de expresiones nuevas y se apercibía á veces con alegre admiración del giro hábil y de la fuerza que había sabido dar á su palabra.

—Nos vamos á divertir hoy, declaró una mañana Ejoff. Nuestros cajistas se han reunido y toman su trabajo directamente de la imprenta... Con esta ocasión se organiza una fiestecita á la que estoy invitado... soy yo quien se lo ha aconsejado... ¿Vienes? Les pagarás la bebida...

—Con gusto, dijo Tomás, indiferente en los medios de matar el tiempo.

En la noche del mismo día, Tomás y Ejoff se encontraban en el campo, en el lindero de un bosque, en compañía de individuos de tinte pálido. Los tipógrafos eran doce; muy limpios, estaban con Ejoff con cierta confianza que admiraba mucho á Tomás, pues á sus ojos Ejoff era un maestro, su superior, y ellos no eran sino sus servidores.

La presencia de Gordeieff pasó inadvertida, por más que, llegando Ejoff, lo hubiese presentado y que todos le hubiesen estrechado la mano y hecho una acogida amable. Se extendió bajo un nogal apartado, sintiéndose extraño en esta reunión y advirtiéndole que Ejoff le evitaba y no le hacía caso. Este buscaba evidentemente la compañía de los tipógrafos. Se esforzaba en hacer lo que ellos; corría, se acercaba al fuego, descorchaba botellas de cerveza, juraba y reía á carcajadas. Vestía también con mayor sencillez que de costumbre.

—¡Amigos míos, qué bien me siento entre vosotros! ¡Mi origen y el vuestro son hermanos! ¡No soy más que el hijo de un portero, del suboficial Matié Ejoff!

«¿Para qué preguntarles eso? se preguntaba Tomás. Cada uno es hijo de su padre ..y la estimación no viene á causa del padre .. sino por los méritos personales.. »

El sol se ponía y el cielo tenía el carácter de una inmensa hoguera que tenía las nubes de oro y sangre, y aquellos hombres que se agitaban ruidosamente, ofrecían un conmovedor contraste con la calma profunda de la selva. Uno de los obreros, alto y delgado, con sombrero de paja de ala ancha, tocaba una armónica. Otro de bigote negro, su gorra metida hasta la nuca, canturreaba á media voz. Otros ensayaban sus fuerzas en un árbol flexible. Varias siluetas se movían alrededor del canasto de las provisiones; un hombre gris echaba sarmientos

al fuego. Sus ramas húmedas se retorcián y chisporroteaban, mientras que la armónica continuaba su aire alegre que acompañaba la voz del cantor.

Al borde del foso tres jóvenes conversaban echados en la hierba y Ejoff ante ellos, les hablaba con su tono penetrante:

—Sois los porta bandera del estandarte sagrado del trabajo... y yo soy como vosotros, un simple soldado en las mismas filas, al servicio de Su Majestad la Prensa... Debemos continuar unidos en una fraternal y sólida amistad...

—Lo que decis, es cierto, Nicolás Matveich, articuló una voz baja. Os suplicamos intercedáis por nosotros acerca del editor. ¡Usad de vuestra influencia! Es inadmisibile poner al mismo nivel la enfermedad y la borrachera... Mientras que con su sistema he aquí lo que sucede: cuando algún compañero se emborracha, se le insulta; cuando cae malo... sufre el mismo castigo. Nosotros querriamos poder llevar un certificado del médico en caso de enfermedad... como prueba, y se le daría entonces al reemplazante la mitad de la paga del ausente. Esto es muy duro á veces... sucede que tres caen enfermos al mismo tiempo.

—Sí... es razonable, incontestablemente, aprobó Ejoff. Pero, amigos míos, los principios de la cooperativa...

Tomás no prestó más atención á su conversación. La indiferencia de que se creía objeto le hería en su amor propio, al tiempo que le inspiraba estimación por aquellos individuos, en cuyos rostros el polvo del plomo habia señalado su sello gris. Casi todos conversaban de cosas serias y empleaban expresiones justas. Ninguno le buscaba, no le importunaban con aquella bajeza servil que veía habitualmente en sus compañeros de recreo. Consideró esto lleno de satisfacción.

—«¡Ved esos! se decía, tienen su orgullo.»

—Nicolás Matveitch, exclamó bruscamente una voz á su lado, no se pueden juzgar las cosas por los libros! Es menester ir á los hechos.. Se disputa una corteza de pan por necesidad y no por haberlo leído en los libros. No existen reglas para esto.

—Dispensad, amigos míos. La experiencia de nuestros compañeros debe servirnos...

Tomás volvió la cabeza del lado en que Ejoff peyoraba, gesticulando con el sombrero que tenía en la mano.

Pero en este momento alguien dijo:

—¡Aproximaos, señor Gordeieff!

Un muchacho rechoncho con blusa y botas de montar, le sonreía amigablemente, pronunciando estas palabras. Su rostro, redondo y ancho, de gruesa nariz, agradó á Tomás y respondió sonriendo igualmente:

—Con gusto... ¿Pero no es hora de aproximar tambien el cognac? He traído una decena de botellas por casualidad...

—¡Oh! ¡Bien! ¡Bien se ve que sois un comerciante serio! Voy á comunicar esta nota diplomática á los compañeros...

Y se echó á reir, encantado de su propia broma. Su risa contagiosa ganó á Tomás que se sintió alegre y dichoso, preguntándose si era la precocidad del muchacho ó bien el calor del hogar lo que le calentaba el corazón.

El crepúsculo palidecía. En el horizonte, en la puerta, una inmensa cortina de púrpura bajaba hacia tierra, descubriendo la profundidad infinita del cielo, donde brillaban las innumerables luces de las estrellas. A lo lejos aparecía, confusa ya, la masa compacta de la ciudad que una mano invisible bordaba de luces, mientras que acá la foresta majestuosa erguía al cielo su muralla negra. La luna no

había aun aparecido y en los campos se extendía una semiclaridad gris...

Todos se aproximaron al fuego; Tomás se colocó al lado de Ejoff, de espaldas á la llama, teniendo en frente una fila violácea de rostros alegres é inocentes.

Todos estaban ya un poco excitados por el vino, pero ninguno estaba aun ebrio. Bromeaban, reían, empezaban canciones y bebían comiendo pepinos, pan blanco y salchichón. Todas estas cosas tenían este día un gusto particularmente agradable para Tomás. Se sentía á gusto en aquel medio ambiente franco y sencillo. Habría querido encontrar palabras cordiales que decir y despertar en estas gentes simpatías por él Ejoff, sentado á su lado, murmuraba palabras ininteligibles, se agitaba sin cesar, le daba con el codo, sacudía la cabeza...

—Vaya, amigos míos, propuso el rechoncho muchacho, cantemos la canción de los estudiantes... ¡Vamos! una .. dos...

Nuestros días corren
rápidos cual las olas...

Empezó con voz de contralto.

—¡Camaradas! dijo Ejoff, levantándose, con su vaso en la mano.

Apenas si se tenía derecho y con su mano libre se apoyaba en la cabeza de Tomás. El cantor se detuvo y todas las miradas se volvían hacia Ejoff.

—¡Trabajadores! Permitidme dirigiros algunas palabras... del fondo del corazón... Me siento feliz entre vosotros. ¡Me siento libre!... Es porque sois hombres de trabajo, hombres cuyos derechos á la felicidad son incontestables, aunque desconocidos...

En vuestro sano y noble seno de gente honrada, el alma ulcerada de un pobre hombre, que la vida ha destrozado, se siente libre y sin trabas.

La voz de Ejoff vibró y fué sacudida de temblor.

Tomás sintió que una gota caliente le caía en la mano. Levantó los ojos hacia Ejoff, quien, con el rostro convulso continuaba su discurso, temblando como una hoja.

—No soy sólo... somos legión, á quienes un destino madrastra ha inhumanamente perseguido, maltratado, aprisionado. Somos más desgraciados que vosotros, porque no tenemos ni vuestra fuerza moral ni vuestra resistencia física; pero mas fuertes que vosotros tambien porque estamos armados de todos los conocimientos que podemos utilizar... Nos consideramos dichosos procurándoos vuestra ayuda para facilitaros la vida... ¡Qué otra cosa podemos hacer!... Sin vosotros, nos vemos privados del suelo y vosotros sin nosotros de la luz. ¡Camaradas! el destino nos ha creado para completarnos los unos á los otros...

«¿Qué querrá de ellos?» se preguntaba Tomás indignado.

Examinó los rostros de los tipógrafos y vió que todos expresaban la fatiga, la perplejidad ó el aburrimiento.

—El porvenir es nuestro... ¡amigos míos! prosiguió Ejoff, moviendo la cabeza con tristeza como si hubiese tenido este porvenir y sufrido de cederle á aquellas gentes. El porvenir pertenece á los hombres laboriosos y probos... ¡Tenéis una gran obra que llevar á cabo! de vosotros es el crear una civilización... ¡de libertad, de vida y de luz! Y yo que soy de los vuestros, en cuerpo y alma, yo hijo de soldado os llevo este brindis: bebamos por vuestro porvenir ¡Hurra!